

Reseñas

El carnaval de la tecnociencia

Antonio LAFUENTE

Gadir, 2007

El *carnaval de la tecnociencia* recoge en sus páginas una abundante selección de artículos escritos por Antonio Lafuente para su “bitácora” (según la Wikipedia, -<http://es.wikipedia.org/wiki/Blog>- un blog o bitácora es “un sitio web periódicamente actualizado que recopila cronológicamente textos o artículos de uno o varios autores, apareciendo primero el más reciente, donde el autor conserva siempre la libertad de dejar publicado lo que crea pertinente”). *tecnocidanos* (<http://weblogs.madrimasd.org/tecnocidanos/>) publicados entre abril de 2005 y Septiembre de 2007. Subdividido en tres apartados (nuevos actores, nuevos procesos y nuevas prácticas), el libro que nos ocupa supone un interesante repaso por algunos de los asuntos de mayor trascendencia en los últimos años en materia de ciencia, tecnología, política y participación ciudadana. Partiendo de que todas estas cuestiones nunca se presentan de manera independiente, Antonio Lafuente despliega su análisis para identificar algunas de las conexiones que median entre distintos ámbitos de la realidad sacionatural, las cuales le dotan a ésta de una complejidad cuya esencia no pueden recoger los discursos pretendidamente parciales y corporativistas (y en no pocos casos corruptos) de la ciencia y/o de la política en sus variantes modernas.

¿Qué supone la traducción/transformación del formato blog al formato libro?, sin duda, cada soporte cuenta con sus ventajas y sus desventajas. Como el propio autor afirma, no se pueden trasladar los comentarios de los lectores ni los enlaces a otros textos. Sin embargo, la vieja tecnología del libro impreso también ofre-

ce algunas garantías; por ejemplo, la versión en papel revestirá de una nueva legitimidad las palabras de Lafuente ante los ojos de aquellos empeñados en desacreditar a la “blogosfera” por tratarse de «un mundo habitado por voyeurs, narcisistas y gentes que aprenden a fisgonear en silencio» (p. 131) o por su falta de rigor asociado a la ausencia de Consejos de Redacción y líneas editoriales, rasgos que caracterizan la publicación en ámbitos empresariales. Aunque también podamos hablar de cuestiones referidas a la ergonomía o transportabilidad del soporte, el autor incide sobre todo en las ventajas de no pensar en el libro como algo completamente ajeno al “blog” que lo precedió, por ello, añade un subrayado a las palabras con hipervínculo e invita al lector a visitar *tecnocidanos* y pinchar sobre los enlaces que hayan despertado su curiosidad.

Detengámonos por un momento en el título del libro, pues supone toda una declaración de intenciones. «Carnaval» y «tecnociencia» parecen formar un oxímoron, mientras el primer término remite a una celebración popular donde desfilan disfraces en un ambiente «mágico», la segunda tiene connotaciones disciplinarias, remite al procedimiento, al método y a la labor austera donde sólo unos pocos que han aprendido el lenguaje saben manejarse. No obstante, quizá debamos aferrarnos a las ideas de pensadoras como Karin Knorr cuando afirma que la sociedad del conocimiento no puede definirse como algo exclusivo de los grupos expertos, sino extensible a muchas áreas de la vida social.

La práctica epistémica desarrollada habitualmente por los tecnocientíficos no es de ninguna manera distante a otras prácticas que tienen lugar en el día a día. Knorr nos sugiere que el término «sociedad del conocimiento no está reñido, por ejemplo, con el de sociedad de la experiencia o con un giro hacia mundos más visuales y simulados; con lo que sí está reñido es con una noción árida y extremadamente cognitiva de conocimiento» (Karin Knorr Cetina, «Sociality with Objects. Social relations in Postsocial Knowledge Societies» *Theory, Culture & Society*, Vol. 14 -4. 1997. p. 14). Por ello las relaciones con el objeto epistémico se dan en una «dinámica abierta» donde incluso el «amor romántico, el poder y los intereses económicos pueden coexistir» (ibíd).

Antonio Lafuente prefiere subrayar el carácter amateur, artesanal o carnavalesco de la ciencia antes que referirse a ésta como una forma de conocimiento esotérico sólo al alcance de unos pocos. Pero no por ello la actividad científica debe adolecer de falta de rigor; la «epistemología cívica» (p. 126) no aspira a la extinción del científico sino a la articulación de conocimiento de manera compartida y siempre basada en «(el) escepticismo organizado, (el) rigor experimental y (la) apertura de los debates» (p. 241). El entorno social y los cambios acaecidos durante los diez últimos años invitan a una reconsideración de algunas formas de relación ya obsoletas. Las posibilidades técnicas y el acceso a la información han ido aumentando de manera exponencial y eso hace que antiguas profesiones soportadas sobre el monopolio de la propia información pierdan parte de su enorme poder acumulado. Hoy en día, cualquier ciudadano puede consultar sus síntomas en la Red y, probablemente, saber más acerca de su dolencia que el especialista dedicado a la medicina general. Esto último unido a la auténtica pasión de las gentes por el conocimiento en sus múltiples variantes (observadores de pájaros, astrónomos aficionados, científicos de garaje, wikipedistas, maquetistas y un largo etcétera) y a los nuevos dispositivos de comunicación social y el desarrollo de la web 2.0 generan un caldo de cultivo único para el desarrollo de una rica cultura popular tecnocientífica.

La defensa del procomún es otra de las grandes motivaciones en muchos de los artículos de

Lafuente. Cotidianamente nos encontramos ante el absurdo de que la ciudadanía no tiene acceso a los datos generados en investigaciones financiadas con el dinero público. El procomún está constituido por bienes sociomateriales propiedad de todos en general y de nadie en particular, hablamos tanto de «creaciones sociales compartidas» como de los «dones de la naturaleza» (p. 287). De la misma manera que le decía Neruda al cartero aludiendo a la poesía, el procomún es «de quien lo necesita», pero no para hacer negocio o apropiarse de él abusivamente, sino para construir objetos, de toda índole, en beneficio de la sociedad y favorecer intercambios orientados a avivar el desarrollo comunitario. Si la codicia de los intereses privados «canibaliza el procomún» (p. 287), y empuja a las empresas a buscar innovaciones tecnocientíficas que coloquen al planeta en una posible situación de serio riesgo ante la dejadez del grueso de la clase política, entonces, quizá la única solución sensata sea socializar las decisiones globales e impulsar mecanismos para el control ciudadano sobre aquellas actividades que puedan afectar gravemente a su calidad de vida.

Por último, quisiera hacer referencia al carácter manifiestamente político del científico descrito por Lafuente. Steven Shapin (*La revolución científica*, Paidós, Barcelona, 2000, p. 27) sostiene que hay tanta sociedad dentro el laboratorio como fuera de él, por ello, en la representación de los hechos median inevitablemente muchos factores además de los puramente técnicos. Los científicos “son gentes de acción, capaces de dirigir equipos complejos, gestionar golosas sumas de dinero y tratar con aviesos financieros” (p. 7). Pero ese carácter político del científico podría emanar también de su posición como representante legítimo de los hechos naturales ante el resto de la sociedad, idea que Latour exprime mientras propone crear un “parlamento de las cosas” (p. 103) estableciendo simetrías con el modelo de la democracia representativa. Sin embargo, el esquema *del científico hablando por el objeto* falla cuando el propio objeto de conocimiento, por su magnitud, se muestra “irreducible a parámetros controlables en el seguro y controlado espacio del laboratorio” (p. 109), para Lafuente, estos objetos “no admiten ser vistos desde una posición privilegiada” (p. 171). La lógica de la represen-

tación aparece entonces carente de sentido, y surge la necesidad de girar hacia modelos de articulación (Donna Haraway, «La promesa de los monstruos: Una política regeneradora para los otros inapropiados/bles» *Política y Sociedad* 30, 1999) o negociación dirigidos a alcanzar términos de acuerdo entre los actores implicados, humanos y no humanos.

En definitiva, *El carnaval de la tecnociencia* destaca como un interesante libro cuya estructura bien podría hacerle parecer una recopilación de “artículos de prensa” (p. 9), pero cuyo contenido se aprecia cargado de esa cualidad conversacional propia de la “blogosfera”; y es que los textos que lo componen están escritos casi como si fuera hablados. En él encontraremos referen-

cias a un sinfín de temas, sumamente relevantes y actuales, presentados en forma de artículos de dos o tres páginas, pudiendo contemplarse cada uno de ellos como pequeñas batallas de esas de que de vez en cuando hay que ganar si se quiere optar a ser parte de una ciudadanía informada y responsable, y siempre tratados desde la óptica del analista dispuesto a reconocer sus deudas intelectuales con pensadores de la talla de Langdon Winner, Donna Haraway o Bruno Latour.

Javier Gómez Murcia
Departamento de Sociología V
(Teoría Sociológica)
Fac. de CC. Políticas y Sociología
Universidad Complutense